

106

Mirada
impresionista
a Las
soledades de
Góngora

Etnairis Rivera

CONTEMPLA. Y va recreando los orígenes para recomponerlos a su manera. Es lo que hace el poeta cordobés, Luis de Góngora y Argote (1561-1627) en sus *Soledades*. En la Primera, un joven náufrago arriba desdeñado de amor a una playa, le recogen unos cabreros y asiste a unas bodas, con sus bailes y diversiones. En la Segunda, el náufrago se duele de sus desdichas y describe escenas de pesca. Con tan breve asunto, Góngora escribió una de las obras líricas más bellas de la literatura en lengua hispana. El profundo aliento poético transfigura el asunto. Las *Soledades* marcan el período culminante del poeta barroco. Acumula metáforas dobles, alusiones mitológicas, transposiciones, largos períodos llenos de incisos. De aquí su dificultad. Hay también un fastuoso derroche de elementos que contribuyen a sostener esta poesía difícil sobre una claridad de carácter esteticista. Un millar de bellezas escondidas surgen a la superficie en compensación por estas dificultades.

Góngora se entrega a la exaltación estética de la realidad, del mundo natural mediante ciertos procedimientos estilísticos: riqueza de imágenes, acumulación de efectos plásticos y sonoros- brillo, luz, materia, cantos, rumores. El mundo real es esencialmente poético por la metaforización: pluma, nácar o alabastro; agua, *crystal líquido o corriente de plata*; ave, *esquilas dulces de sonora pluma, nieve volante o cítara de pluma, arrullos de paloma, trompas de amor*; flechas, *áspides volantes*; encina quemada, *mariposa en cenizas desatada*.

Si lo claro es aquello distinguible, que puede ser visto u oído, he aquí cómo elisión, imagen, asociación de ideas, amplían extraordinariamente nuestra visión y visten una emoción estética fácilmente perceptible. Junto a cada visión concreta, puede presentarnos la imagen, abstracta a veces, de lo duradero, lo anclado fuertemente en algo que no muere. Recoge las más gloriosas visiones, exprime los sentidos hasta la última gota para convertirlas en música.

En las *Soledades*, Góngora lleva a la perfección el estudio de la cadencia. Hay en sus versos una musicalidad insuperable en su obra y su ritmo contribuye a producir sensaciones de armonía sugestiva.

No sólo se ha acostumbrado a los amplios horizontes del mar abierto, la playa, el extenso arenal, sino que examina también minuciosamente los más pequeños detalles.

*Desnudo el joven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas;
y al sol le extiende luego,
que lamiéndole apenas
su dulce lengua de templado fuego,
lento los embiste, y con suave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.¹*

A través de las repeticiones del líquido sonido nos parecer ver, como tras un cristal de aumento, los detalles de la tela, y las delicadas volutas de vapor que suben al cielo.

Todo este impulso de movimiento y actitud de plasticidad se ve en los versos prismáticos del poema.

*De el verde margen otra las mejores
rosa traslada y liliros al cabello,
o por lo matizado o por lo bello,
si Aurora no con rayos, Sol con flores.²*

Góngora nos invita, con tantos colores, más que a mostrarnos un paraíso, a contemplar sus reflejos e irisaciones. Es la realidad poéticamente transformada. Por ello es llamado el cantor de la materia transfigurada y del color del mundo.³

Hay anhelo realista del mundo, sí, pero existe además una gran aspiración a la novedad. Es aquí donde el valor connotativo de estos plásticos y sonoros versos adquieren la mayor magnitud.

El personaje no se aísla para reencontrar la luminosidad del mundo que lo rodea, aunque parezca náufrago y se halle en tierra extraña. No lo hace porque la encuentra en la vida misma, en la cotidianidad pastoril. Presenciamos un trabajo de intensificación de la que brota espontáneamente una lúcida y maravillosa diafanidad. Hay en las Soledades una límpida audacia de la imagen en toda su realizada claridad.

NOTAS

- 1 LUIS DE GÓNGORA. *Antología*. Madrid: Colección Austral, 1975, pág. 26
- 2 *Ibid*, pág. 31
- 3 VICENTE ALEIXANDRE. *Encuentros con Don Luis de Góngora*, Revista La Torre: Ed. UPR Año X, Núm. 37.